POLITO RODRÍGUEZ MÉNDEZ
Por la Gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Arzobispo Metropolitano de Barquisimeto

CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

EN ACCIÓN DE GRACIAS POR LOS NUEVOS GRADUANDOS

UNIVERSIDAD FERMÍN TORO

PRESIDIDA POR EL **EXCMO. MONS.** POLITO RODRÍGUEZ MÉNDEZ

ARZOBISPO METROPOLITANO DE BARQUISIMETO

TEXTOS BÍBLICOS:

EF 4,32-5,8 SALMO 1 (1) 1-2.3-4.6 LC 13,10-17.

BARQUISIMETO, 26 DE OCTUBRE DEL 2026

HOMILÍA

SALUDO

Con profunda alegría, gratitud y esperanza, quiero saludar de manera muy especial a la Rectora de la Universidad Fermín Toro, a las autoridades de esta casa de estudios, a los distinguidos profesores, al personal administrativo y obrero, y a todos aquellos que, con su trabajo, dedicación y compromiso, hacen posible la vida académica de esta prestigiosa universidad.

Saludo igualmente, con especial afecto, a los familiares y amigos que hoy nos acompañan. Este momento no pertenece solamente a quienes hoy culminan una meta; pertenece también a quienes caminaron a su lado, a quienes los sostuvieron en los días difíciles, a quienes creyeron cuando las fuerzas parecían faltar, a quienes hicieron sacrificios silenciosos y ofrecieron una palabra de ánimo en los momentos de soledad.

Y, de manera muy especial, les saludo a ustedes, queridos egresados, que culminan hoy una importante etapa de su formación académica en las distintas áreas y disciplinas profesionales que ofrece esta casa de estudios.

Hoy nos reúne una celebración que tiene mucho de alegría, pero también mucho de gratitud y, sobre todo, mucha responsabilidad. Porque no estamos celebrando solamente el final de unos años de estudio: estamos celebrando todo

lo que Dios les ha permitido alcanzar y, al mismo tiempo, el comienzo de una nueva etapa, en la que todo lo aprendido deberá ponerse al servicio de la sociedad.

HOMILÍA

La Palabra de Dios que acabamos de escuchar nos ofrece hoy un mensaje profundamente hermoso. Nos habla de raíces, de fruto, de luz y de una mirada que sabe ver y levantar al que sufre. Y precisamente esas cuatro palabras —raíces, fruto, luz y servicio— pueden acompañar a nuestros egresados en el camino que hoy comienza.

San Pablo, en la Carta a los Efesios, nos dice:

«Sean buenos y compasivos unos con otros, y perdónense mutuamente, como Dios los perdonó en Cristo» (Ef 4,32).

Y más adelante añade:

«Antes ustedes eran tinieblas, pero ahora son luz en el Señor. Vivan como hijos de la luz» (Ef 5,8).

Qué hermoso que, en una celebración como esta, la Iglesia nos recuerde que el verdadero valor de lo que hemos recibido no está solamente en lo que

sabemos, sino en lo que hacemos con aquello que sabemos. El título que recibirán es una gracia, pero también es una misión.

Por eso, queridos egresados, en este día de acción de gracias los invito a mirar más allá de ese título. Sean humildes y nunca olviden de dónde vienen, porque nadie llega completamente solo hasta una meta como esta.

Detrás de cada título hay una persona. Y detrás de cada persona hay una historia: noches de estudio, sacrificios, dificultades, dudas, alegrías, fracasos y nuevos comienzos. Hay padres, madres, familiares, amigos y profesores. Hay personas que estuvieron presentes en cada paso y otras que, quizá, no pudieron llegar hasta este día, pero cuya memoria y cuyo amor forman también parte de este momento.

Y si la primera lectura nos invita a reconocer nuestras raíces, el Salmo nos muestra hacia dónde deben crecer esas raíces.

El árbol plantado junto al agua

El Salmo que hemos proclamado nos presenta una imagen preciosa:

«Es como un árbol plantado junto a corrientes de agua, que da fruto a su debido tiempo y sus hojas no se marchitan» (Sal 1,3).

Qué imagen tan hermosa para un día como este.

Un árbol no crece de un día para otro. Necesita raíces, necesita tiempo, necesita agua, necesita cuidado y necesita atravesar estaciones diferentes. Solo después de todo ese proceso puede dar fruto.

También ustedes han necesitado tiempo para llegar hasta aquí. Han necesitado raíces: conocimientos, disciplina, paciencia y perseverancia. Han pasado por momentos de abundancia y por momentos de dificultad. Pero hoy comienza una nueva etapa: El tiempo de dar fruto.

Porque la universidad no los ha preparado únicamente para recibir un título; los ha preparado para entrar en la sociedad y aportar aquello que han aprendido. Y aquí aparece una pregunta fundamental: **¿Qué fruto quiero dar con mi profesión?**

No basta con preguntarnos qué cargo queremos ocupar, cuánto queremos ganar o hasta dónde queremos llegar. También tenemos que preguntarnos: ¿A quién quiero servir con lo que he aprendido? ¿Qué problema quiero ayudar a solucionar? ¿Qué bien puedo aportar al mundo desde mi profesión?

Porque un árbol que solamente crece, pero nunca da fruto, no ha alcanzado todavía aquello para lo cual fue sembrado. Y una profesión que solo busca el beneficio personal corre el riesgo de olvidar su dimensión más noble: El servicio.

Pero dar fruto no es suficiente si ese fruto no ilumina la vida de los demás. Por eso San Pablo nos recuerda que estamos llamados a ser luz.

Sean luz

«Antes ustedes eran tinieblas, pero ahora son luz en el Señor. Vivan como hijos de la luz» (Ef 5,8).

Qué mensaje tan hermoso para quienes hoy comienzan una nueva etapa profesional. Ser profesionales no significa solamente tener conocimientos; significa también ser luz. Y ser luz es llevar claridad donde existe confusión; esperanza donde hay desánimo; soluciones donde existen problemas; honestidad donde existe corrupción; responsabilidad donde hay indiferencia; humanidad donde existe dolor; y competencia y preparación donde hay necesidad.

Cada uno de ustedes tendrá una manera diferente de ser luz, porque cada uno ha escogido un camino profesional distinto. Algunos ejercerán en las ciencias; otros, en las áreas administrativas y económicas; otros, en el Derecho, la educación, la ingeniería, la tecnología, la comunicación, la salud o en cualquiera de las diversas disciplinas en las que hoy culminan su formación.

Y precisamente allí está la riqueza de esta celebración: son diferentes profesiones, diferentes talentos, diferentes caminos y diferentes responsabilidades, pero todos pueden tener un mismo horizonte: poner los

dones recibidos al servicio del bien común.

Sin embargo, para ser luz hace falta algo más que preparación: hace falta saber mirar. Y esa es la gran lección que nos deja el Evangelio que hemos escuchado.

Jesús la llamó

San Lucas nos presenta a Jesús en la sinagoga. Allí encuentra a una mujer que llevaba dieciocho años enferma, encorvada, sin poder enderezarse.

Y Jesús la ve. La llama. Se acerca a ella. Y le dice:

«Mujer, quedas libre de tu enfermedad» (Lc 13,12).
Entonces puso las manos sobre ella y, en ese mismo momento, la mujer se enderezó y comenzó a alabar a Dios.

Es una escena profundamente humana. Aquella mujer llevaba dieciocho años mirando el mundo desde una posición de dolor, de limitación y de sufrimiento. Pero Jesús no pasa de largo. Jesús la ve, la llama, se acerca, la toca y la ayuda a ponerse de pie.

Aquí encontramos una de las claves más profundas para ustedes en este día. Porque, cualquiera que sea la profesión que hayan escogido, cualquiera que sea

el campo en el que vayan a desempeñarse, llegará el momento en que tendrán delante a una persona que necesita ayuda.

Una profesión al servicio de la persona

Por eso, queridos egresados, hoy quisiera pedirles algo que va más allá de la excelencia profesional: no pierdan nunca la humanidad.

Sean excelentes en aquello que hacen. Prepárense, estudien, actualícense. Sean responsables y disciplinados. Busquen la excelencia. Pero jamás permitan que el conocimiento los haga indiferentes; jamás permitan que la experiencia los haga insensibles; jamás permitan que el éxito los haga olvidar a quienes tienen menos oportunidades; jamás permitan que el dinero se convierta en la medida del valor de las personas; jamás permitan que el poder los aleje de la gente; y jamás permitan que la rutina les impida ver el sufrimiento de los más débiles.

Porque el Evangelio de hoy nos presenta a un Dios que ve a la persona que sufre y se acerca para ayudarla a ponerse de pie.

Ese puede ser también uno de los grandes sentidos de cualquier profesión: **ayudar a otros a ponerse de pie**.

Que sus raíces sean profundas. Que sus frutos sean generosos. Que su luz sea verdadera. Y que, como Jesús, sepan detenerse, mirar, acercarse y levantar a

quienes más lo necesitan.

DESPEDIDA

Que Dios los acompañe en cada decisión, en cada proyecto, en cada trabajo, en cada desafío y en cada camino que emprendan.

Y que sus vidas, sus profesiones y sus talentos sean siempre una bendición para quienes tengan la gracia de encontrarse con ustedes. Amén.